



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS

MIL Y UN FANTASMAS

CUENTOS DE MEDIA NOCHE

XI

Los Matrimonios del tío Alifafes

BARQUILLOS Y PEPINILLOS

Cuando llegamos á Amberes eran las once, y para no faltar al vapor, que salía á las doce en punto, nos fuimos á almorzar en una fonda del muelle, situada enfrente del mismo embarcadero. Á las doce ya estábamos á bordo, y á las doce y cinco minutos salimos de Amberes, lloviendo una agua menudita, que creo particular á aquel pueblo, porque siempre que he pasado por él llovía de la misma manera.

Biard no dejaba de experimentar cierta inquietud sobre la manera como nos alojaríamos en Rotterdam, en el Haya y en Amsterdam, atendido á que una ceremonia como á la que íbamos á asistir debía atraer á la capital una gran afluencia de viajeros.

Pero afortunadamente yo soy hombre que toma sus precauciones: además, ¿cuál es el pueblo donde yo no conozco á alguien?

En 1840 descendía por el Ródano.

Embarquéme en Lyon á las cuatro de la mañana, y á cosa de las once á las doce me había quedado dormido sobre cubierta á la sombra de la lona, acariciado por esa dulce y fresca brisa que recorre la superficie de los ríos.

Era tan dulce el sueño que embargaba mis párpados, que habiéndome medio despertado dos ó tres veces á causa de esos accidentes imprevistos tan comunes en los buques, no había querido volver á abrir los ojos por miedo de despertarme completamente, permaneciendo, pues, inmóvil, y la razón suspendida entre esa vaguedad que acompaña al crepúsculo del sueño, cuando vuelto de mi letargo por un tercero ó cuarto sacudimiento, oí penetrar, por decirlo así, en el mediodía de mi cerebro algunas palabras pronunciadas en francés por dos voces de mujer que dejaban translucir un ligero acento inglés.

Abri entonces los ojos poco á poco, y mirando con precaución alrededor mío, distinguí á cierta distancia un grupo que se componía de dos jóvenes de diez y ocho á veinte años, de un joven de veinte á veintiocho, y de un hombre como de treinta y cuatro á treinta y seis años.

Las dos jóvenes eran encantadoras; no sólo por su hermosura, que era extremada, sino también por esa gracia natural y seductora que tanto distingue á las inglesas.

En cuanto á los dos hombres, eran ambos notables por el aspecto y distinción de sus personas.

Habiase entablado la discusión en el grupo, discusión que versaba sobre el itinerario que debían seguir en su viaje: ¿pararemos en Aviñón, ó llegaremos hasta Arles? se preguntaban unos á otros.

Cuestión grave á la verdad, y sobre todo muy embarazosa para extranjeros que no tenían otra guía que Ricardo.

— Sería necesario, se atrevió á decir una de las dos mujeres, que alguien que hubiese hecho el viaje por ambas partes, nos diera su parecer en el particular para partir de un principio cierto; cuyas palabras tomé como dirigidas á mí. Y como yo había hecho tres ó cuatro veces el camino de Lyon á Marsella por el Ródano, pasando por ambas partes, me pareció llegado el momento oportuno de presentarme á ellos, en la confianza de que el sérvicio que iba á prestarles les haría perdonar mi extremada osadía.

Abri entonces los ojos completamente, y saludándoles:

— Si estos caballeros tienen la bondad de permitir al autor de *Las Impresiones de un viaje* les ilustre sobre esa grave cuestión, dije yo, diré á estas señoras que vale más ir por Arles que no por Aviñón.

Al oír mi acento las dos jóvenes se ruborizaron, y los dos hombres se volvieron hacia mí con la sonrisa de la cortesía en los labios, siendo evidente que ya me conocían antes que yo les hubiese hablado, porque antes de despertarme ya les habían dicho quién yo era.

— ¿Y cómo así? me preguntó aquel de los dos viajeros que tenía más edad.

— En primer lugar, porque pasando por Arles le veréis, que por cierto vale bien la pena de verse. Además, el camino de Arles á Marsella, sobre ser muy bueno, es en extremo curioso del lado de Camargue, es decir, del antiguo campo de Marius.

— Pero el caso es que nosotros quisiéramos estar en Marsella pasado mañana.

— ¿Y quién lo quita?

— Luego tomaremos el vapor de Livourne.

— En el mismo me iré yo.

— Después queremos estar en Florencia para San Juan.

— Precisamente para ese tiempo me esperan á mí allí.

— Pero, ¿y cómo iremos de Arles á Marsella?

— Nada más fácil, mirad. Yo traigo mi carruaje en el buque: nosotros somos cinco y caben seis: conque quiere decir que tomaremos caballos de posta, y ya veréis como andamos el camino perfectamente, y así yo mismo os serviré de cicerone.

Entonces los dos viajeros se volvieron hacia las dos jóvenes, cambiando con ellas una mirada significativa, á que contestaron con un signo casi imperceptible, pero que indicaba bien que la cosa estaba decidida.

Es de advertir que la doble pareja eran dos matrimonios recién casados, y sabido es que durante la luna de miel la mujer es la que decide de todo.

Nuestro viaje fué, pues, uno de los más deliciosos que es posible hacer; compramos salchichones en Arles, después de haber visto las Arenas, y en Marsella fuimos recibidos por Mery y comimos en casa de Courty. Por último, en Florencia vimos las carreras de carros en casa de Frinici y la iluminación del Arnò en la del príncipe Corsini.

Aquí ya nos separamos, porque yo me quedaba en Florencia, mientras que mis compañeros de viaje debían recorrer toda la Italia; sin embargo, nos prometimos mutuamente volvernos á ver, á cuyo fin cambiamos nuestras tarjetas por si acaso aquellos señores iban alguna vez á Paris, ó bien si yo iba á Holanda algún día.

En cuanto á las tarjetas, una era de Mr. Jacobson, en Rotterdam, y la otra de Mr. Wittering, en Amsterdam.

Contra lo que sucede generalmente con estas promesas de viaje, fueron tan religiosamente cumplidas por nosotros, que luego Mr. Jacobson, de mero compañero de viaje pasó á ser mi amigo, prestándome un servicio en

ciertas circunstancias, que quizás no me habría prestado uno de mis más íntimos y antiguos amigos.

Así que tan luego como sali para Holanda escribi con anticipación á Mr. Jacobson, anunciándole mi próxima llegada, lo cual me aseguraba un recibimiento casi regio en su casa de Rotterdam, y luego en la de Mr. de Wittering, en Amsterdam.

En efecto, Mr. Jacobson es no sólo un digno compañero de viaje y un honrado banquero, sino que posee todo un corazón de artista.

Así que la mayor parte de los cuadros mejores de Decamps, de Dupré, de Rousseau, de Scheffer y de Diaz, que van á Holanda, es él el que los compra; de suerte que cuando Biar me oyó pronunciar su nombre al momento se tranquilizó.

Sin embargo, también habia mandado con anticipación que me reservasen una habitación en el hotel de la Corte Imperial, por todo lo cual podíamos dejarnos llevar tranquilos hasta allá, y dedicar nuestra atención á echar una mirada rápida desde cubierta sobre los Paul Potter, los Hobbema y los Van de Velde, que costeábamos en aquellos momentos en que el agua y el viento nos lo permitian.

Pasamos, pues, por Dordrecht, en medio de un bosque de molinos, junto á los cuales los de Puerto-Lapiche no son sino pigmeos; en Dordrecht todo el mundo tiene su molino; los hay en el agua, en los jardines, en las casas; los hay grandes, chicos, de tamaño gigantesco; para hombres, para niños, para viejos y para mozos: en cuanto á la forma, casi siempre es la misma; pero sin embargo, cada cual se pinta en su imaginación el suyo á su manera: los hay de color gris, orlados de blanco, que parecen viudas de alivio de luto, como también color de carmelita orlados de negro, y entonces parecen frailes capuchinos descalzos; por último, los hay blancos

orlados de azul, que se asemejan á los pájaros conocidos con el nombre de pericos habladores.

Nada más original que el aspecto que presentan en conjunto esta infinidad de grandes cuerpos inmóviles, ni nada más pintoresco que el casi continuo y contrario movimiento de sus aspas, armonizando con la multitud de casitas pintadas de encarnado, con persianas verdes, que por decirlo así crecen á la sombra de los robustos árboles que las circuyen, y cuyo hermoso panorama hace todavía más pintoresca, si cabe, la velocidad de doscientos veinte caballos con que se marchan.

Luego, ya cerca de Rotterdam, agrégase al cuadro la vista de los barcos, los cuales, deslizándose suavemente sobre el agua, son á aquélla lo que los molinos á la costa. Hay también entre ellos, de toda especie y dimensiones, los grandes buques de tres palos hasta la más pequeña barquilla pescadora, que al hender las aguas parece sumergirse entre las olas. Todo el paisaje está lleno de vida y animación, dejándose conocer al momento que se aproxima uno á aquella antigua Holanda, á aquel inmenso puerto, de cuyos arsenales salían en otros tiempos diez mil buques por año.

Á las ocho de la noche anelamos, por fin, delante del muelle de Rotterdam, y apenas se hubo establecido una comunicación entre el paquebot y tierra, oí pronunciar mi nombre por un comisionado de Jacobson, el cual me anunció que su principal había marchado aquel mismo día para Amsterdam, donde me esperaba con impaciencia su cuñado Wittering, en cuya casa estaba también hospedado desde la vispera Gaudin.

— ¡ Hombre, también Gaudin ha venido á la coronación ! ¡ Bueno ! exclamé, contentísimo con la noticia, no sólo porque Gaudin era mi amigo, sino también porque era mi colega, porque sabido es que Gaudin es tan poeta como pintor.

Saltamos por fin en tierra, y como no hubiese tiempo que perder, por salir el tren del Haya á las nueve en punto, atravesamos la ciudad á toda carrera, y con ese aire de atosigamiento propio sólo de los viajeros que quieren alcanzar á tiempo las locomotoras; pero afortunadamente llegamos en el mismo momento de partir, como nos había sucedido en Bruselas.

Á los tres cuartos de hora atravesábamos por en medio de un lugar en donde todo se volvía ruido, danzas, gritos y bulla, y en el cual no se veían más tiendas que las de los fabricantes de barquillos y tiendas de encurtidos.

Es de advertir que los vendedores de encurtidos y los barquilleros son las dos especialidades industriales de aquel país que merezcan ser mencionadas aquí, por ser precisamente dos especies de industria de que carecemos en Francia.

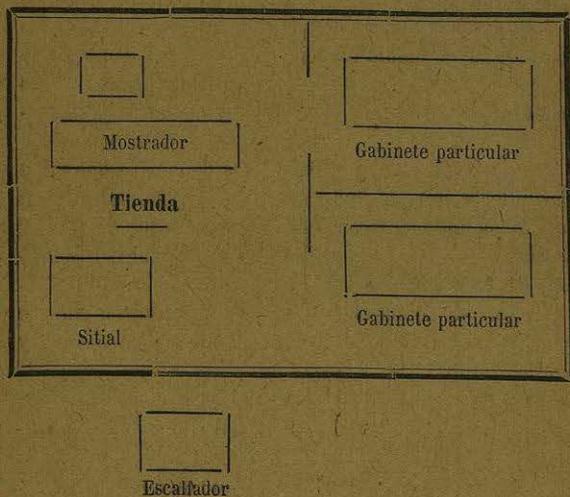
En Holanda se emborrachan con pepinillos en vinagre y huevos duros, y se quitan la borrachera con ponche y con barquillos.

El que quiere ponerse alegre no tiene más que irse á una tienda de encurtidos y pedir cinco cuartos de pepinillos y un huevo duro, alternando entre uno y otro hasta que su estómago le diga *basta*: siendo de notar que como siempre sirven una cazuela entera, es tanto mejor para aquellos que comen mucho, pues no por eso aumenta el precio, el cual es el mismo para el que come mucho que para el que come poco.

Los médicos de todos países han hecho algunas observaciones científicas y morales sobre las diversas clases de borracheras, tales como la de aguardiente, la de vino, la de cerveza, la de tabaco, etc.; pero según yo creo, nunca se han ocupado de la de pepinillos en vinagre, y de la cual precisamente voy yo á dar una idea.

Apenas un holandés está borracho de pepinillos en

vinagre, cuando siente la necesidad de empezar á comer desaciertos, empezando por irse á visitar una tienda de barquillera. Estas tiendas merecen una descripción particular, que por no ser difuso remito al siguiente plano :



En cuanto á lo demás, están generalmente servidas por cuatro mujeres, dos de ellas de edad dudosa, y las otras dos jóvenes y bonitas, las cuales visten el traje frisón, que consiste en una especie de casaquilla y una falda más ó menos elegante; pero no es aquí donde se encuentra la originalidad del vestido.

Su originalidad consiste en una especie de doble solideo de cobre dorado que llevan en la cabeza apretádoles las sienes, de cuya extremidad exterior penden dos á

manera de broches, que caen sobre las cejas, terminando el tocado por una especie de papalina guarnecida de encajes, lo cual forma un todo agradable á la vista.

La una de estas mujeres de más edad está siempre sentada en el sitial que hay junto á la puerta, y la otra en el que está detrás del mostrador, permaneciendo allí todo el día sin moverse y como si estuviesen incrustadas en la madera.

La que está sentada á la puerta hace los barquillos, y la que está en el mostrador sirve el ponche.

En cuanto á las dos jóvenes, hacen... Dios sabe lo que harán, cosa por cierto difícil de decir, sobre todo después de haber ya dicho lo que no hacen.

En cuanto que estas mujeres ven á alguno borracho de pepinillos, le hacen seña para que llegue, y hasta salen de su tienda y van á buscar al beodo, si es que no ha hecho caso de las primeras insinuaciones.

Una vez en la tienda, el consumidor desaparece metiéndose en uno de los gabinetes particulares, seguido de una de aquellas mujeres, que le entra un plato de barquillos y un medio bol de ponche, después de todo lo cual, y al cuarto de hora de haber entrado, nuestro hombre sale tan sereno como si tal cosa.

He ahí una de las cosas que vimos y que más nos chocaron el día 10 por la noche, precisamente á las veinticuatro horas de haber salido de Paris, en las cuales hicimos ciento sesenta leguas.

Por fin, habiendo encontrado nuestras camas dispuestas, gracias á los cuidados de nuestro amigo Jacquand, nos acostamos al son de la música más infernal que yo he oído en todos los días de mi vida.

XII

Los matrimonios del tío Alifafes

MUJERES MARINAS Y SIRENAS

Recuerdos, dulce presente del cielo, con cuya ayuda el hombre vuelve á gozar de su pasada vida; espejo mágico que refleja los objetos dotándolos de esa vaga poesía del crepúsculo, á quien hace más halagüeños todavía la huella del tiempo y de la distancia; vosotros ejercéis sobre mí una influencia más poderosa quizás que sobre ningún otro hombre; influencia que me arrastra hacia vosotros de un modo irresistible! En efecto, tomo la pluma con el firme propósito de atravesar el espacio, veloz como el águila en su rápido vuelo, y con el fin de partir de un punto dado para llegar á otro sin detenerme en mi carrera, cuando me asalta de repente un recuerdo, y he aquí que ya no soy mío, y que entregándome en cuerpo y en alma al tiempo pasado, mi espíritu que, como queda dicho, quería atravesar rápido como el relámpago una distancia dada, se detiene flotando en los espacios imaginarios semejante á una bomba de jabón que lleva al viento reflejando sobre su efímero globo de rubíes y de ópalo, el cielo, la tierra y los objetos, ó lo que es lo mismo, reflejando un mundo eterno en otro aparente y ficticio.

Así, pues, tenía pensado franquear la frontera de Francia, atravesar la Bélgica, llegar á Amsterdam y embarcarme para Monnikendam, adonde debíamos encon-

rar al tío Alifafes, y todo esto en un solo capítulo; pero he aquí que, como queda dicho, me encontré en mi camino á Biard, al rey de los belgas, al hombre que cazaba los cuervos tocando el violón, á los molinos de Dordrecht, la carta de Jacobson á Jacquand, á los vendedores de pepinillos y barquillos, y á sus sirvientas con los cascós de oro; he aquí que no he podido menos de detenerme delante de cada persona y de cada cosa; heme aquí que al principio de mi tercer capítulo me encuentro todavía; dónde? en el Haya, la víspera de la coronación, y puede que todavía no tenga bastante con él para hablar del rey, de la reina y de Amsterdam; con sus trescientos canales, sus treinta mil banderas y sus doscientos mil habitantes; pero; cómo ha de ser! que mis lectores perdonen mi morosidad: Dios nos ha hecho así, y es preciso que me tomen tal cual él me ha hecho, y si no que cierren el libro.

Sin embargo no pierdo la esperanza de llegar hasta Monnikendam al fin de este capítulo: con todo debo advertir, que en todo caso el hombre propone y Dios dispone; porque como los barcos de papel que los muchachos ponen en un arroyo, voy á dejarme llevar por el curso de mi relato, aun á riesgo de faltar á mi palabra; pero dejémonos de tanta digresión y vamos al caso.

Yo tenía una carta que me había dado el rey Gerónimo Napoleón para su sobrina la reina de Holanda, la cual hice remitir á su destino tan luego como llegué: al poco tiempo vinieron á despertarme para anunciarme la llegada de un mensajero que venía de palacio, el cual traía en efecto un pliego del ayudante de campo del rey, en el que venía incluida una autorización y unas cuantas esquelas de convite de parte de S. M. para que asistiera á la coronación en la tribuna del cuerpo diplomático.

En la misma autorización venía el permiso para servirnos mis compañeros y yo del convoy especial que salía

á las once, y siendo ya las nueve dadas, saludé al mensajero, y digo que probé á echarme abajo de la cama, porque, aunque parezca extraño, no es tan fácil como parece salir de una cama al estilo holandés.

Parecerá una cosa increíble; pero es tal la variedad que existe en las formas y accesorios de un mueble que en todos los países del mundo tiene el mismo objeto, es decir, el reposo del cuerpo humano, como no hay más que ver: así que, las naturalezas sedentarias que crean que por todas partes se reposa de la misma manera, se engañan mucho.

Afortunadamente yo estoy acostumbrado hace ya mucho tiempo á dormir en toda clase de camas, y no me impidió el hacerlo muy bien en mi cama holandesa, por más que pareciera más bien una arca que una cama.

No sucedió así á Alejandro y á Biard, que anduvieron buscando una casa de baños desde las siete, volviendo á las nueve, en cuyo tiempo habían recorrido por tres veces todo Haya y visitado sus museos y demás especialidades, sin haberla podido encontrar: verdad es que esta carencia de casas de baños depende de que la mar está á solo una legua de distancia del Haya.

Á aquella hora ya no me quedaba más tiempo que el preciso para ver el museo nacional, el cual quería visitar de cualquier modo, no por admirar precisamente los Rembrandt, los Van-Dicks, los Hobbemas y demás obras maestras de la escuela holandesa, sino principalmente por ver un estante de cristales, situado en una de las salas bajas del museo pintoresco, donde se conservaban algunos restos de mujeres marinas; de esa curiosidad, producto particular de la Holanda y de sus colonias.

Sabido es que la mujer marina se divide en dos clases: La sirena y la nereida.

La sirena es el conocido monstruo marino, con la cabeza de mujer y la cola de pescado, hija de Parténope,

de Ligea y de Leucotia, los cuales, si se ha de dar crédito á los autores del xvi, del xvii y aun del xviii siglo, no es raro encontrar.

El capitán inglés John Smith vió una en 1614, en la Nueva Inglaterra, en las Indias Occidentales, cuya mitad superior era semejante y perfectamente parecida al cuerpo de una mujer, la cual nadaba á flor de agua con una gracia indecible, en el mismo momento que la descubrió. Sus grandes ojos, si bien demasiado redondeados, su bien delineada nariz, aunque algo roma, y sus orejas, de una bonita forma, aun un poco prolongadas, hacían del todo el conjunto de una persona bastante guapa, á la cual hermoseaba todavía más la larga cabellera de color verde que ceñía su frente. Desgraciadamente la linda Virginia dió una zambullida en su baño, y el capitán John Smith, que empezaba ya á enamorarse de ella, vió con sentimiento que su hermosa aparecida era un pescado desde el ombligo para abajo: es cierto que tenía doble cola; pero una doble cola de pescado no son ni pueden reemplazar nunca dos buenas pantorrillas.

El doctor Kircher asegura también, en una memoria científica, que una sirena encontrada en Zuidereca fué disecada en Leyda por el profesor Pedro Paw; y en la misma memoria hace mención de otra, encontrada en Dinamarca, la cual, dice, aprendió á brujulear y augurar sobre el porvenir. Esta sirena tenía una hermosa cabellera, no de pelo, sino formada por una especie de filamentos carnosos; su rostro era agradable; sus ojos vivos y graciosos, nariz pequeña, brazos bastante más largos que los de una persona natural, y los dedos de la mano unidos por un cartilago, á manera de pata de ave; los pechos perfectamente redondeados y cubiertos de una especie de escama, tan blanca y fina, que de lejos se confundía con la piel más tersa del pecho de una mujer; añadiendo el referido doctor en su memoria, que los

tritones y sirenas formaban una especie de pueblo submarino, que construían sus grutas en las profundidades de la mar entre las rocas, donde se tendían en grandes lechos de arena, dormían y se entregaban á los placeres del amor.

Juan Felipe Abelinus dice también en el primer tomo de su *Teatro de la Europa*, que navegando varios consejeros del rey de Dinamarca, de Noruega á Copenhague en 1619, vieron á un hombre marino que se paseaba en la mar, llevando un haz de hierba en la cabeza, al cual echaron un gran pedazo de carne asada, en donde habia oculto un gran anzuelo; el hombre, que á juzgar por las apariencias era carnívoro como los de la tierra, se abalanzó al pedazo de carne y quedó preso por la boca, siendo arrastrado hasta el buque, donde apenas conducido sobre cubierta, empezó á expresarse en danés puro, anunciando á la tripulación que su buque iba á perderse sin remedio. Á las primeras palabras que pronunció, los marineros se quedaron absortos; pero como de las palabras pasara á las amenazas, la admiración se tornó en espanto, y todos se apresuraron á volver á echar al hombre marino á su elemento, dándole toda clase de excusas y satisfacciones.

Verdad es que como este sea el único ejemplo conocido con respecto á la existencia de los hombres marinos, los comentadores de Abelinus pretenden que no seria un tritón, sino un espectro, el que se apareció en su viaje á los señores consejeros del rey de Dinamarca.

Johnston cuenta que en 1403 se encontró una mujer marina en un lago de Holanda, donde sin duda habia sido arrojada por la mar, añadiendo que se acostumbró á vestirse y á comer sopa en leche, sin embargo de no haber articulado una palabra en todo el tiempo que vivió.

Por último, Dimas Bosque, médico del virrey de la isla

de Manara, refiere en una carta inserta en la *Historia de Asia*, de Barthole, que estando paseándose un día por la orilla del mar, en compañía de un jesuita, vino corriendo un tropel de pescadores á invitar al padre á entrar en su barca para que viera un prodigio, á lo cual accedió su reverencia, acompañándole Dimas Bosque.

En la barca habia hasta diez y seis pescados con figura humana, de los cuales nueve eran hembras y siete machos, que los pescadores habian sacado en su red; sacáronse á la playa, y examinados minuciosamente se vió que tenian las orejas prominentes como las nuestras, cartilaginosas, y cubiertas por una piel fina y delgada; los ojos se parecían á los nuestros, en el color, figura y situación; la nariz no se diferenciaba de la humana sino en que era aplastada como la del negro, y hundida como la del dogo; los labios y la boca eran parecidas en todo á las nuestras; últimamente, tenian el pecho bastante prolongado, y cubierto por una piel tan sumamente blanca, que dejaba ver hasta los vasos sanguíneos.

Las hembras tenian los pechos perfectamente redondeados, y sin duda alguna criaban, porque comprimiéndoles el pezón, daban una leche pura y blanquecina. Sus brazos, mucho más largo que los nuestros, eran también más gruesos en proporción y carecian de coyunturas; finalmente, desde la parte inferior de la región umbilical, ó sea desde la articulación femoral, dividíase el cuerpo en una doble cola semejante á la de los pescados.

Como se deja suponer desde luego, una pesca tan singular hizo mucho ruido; el virrey compró la red á los pescadores con todo su contenido, divirtiéndose en enseñar á todos sus amigos y conocidos aquella sociedad de tritones y sirenas, de las que regaló una al enviado de Holanda, el cual la remitió á su gobierno para que se depositara en el museo del Haya.

Como cualquiera comprendera, una verdadera sirena,

una sirena auténtica, guardada y conservada en un museo; una sirena, en fin, que la ciencia ha declarado no pertenecía á la gran familia del *Lazarillo de Tormes*, sino á la descendencia de la ninfa Caliope, cualquiera comprenderá, repito, era una curiosidad mucho más digna de admirarse que no la galería de cuervos del con-sabido brasileño, por más que hubiese en ella más de diez mil de aquellos pajarracos; porque al cabo cuervos vemos todos á cualquier hora, y las sirenas por el contrario escasean de día en día.

Por esta razón, y por si no volvía más al Haya, no quise desperdiciar la ocasión de ver una sirena; pero á pesar de quererme proporcionar cuanto antes este placer, no pude menos de detenerme al momento de entrar en el cuarto.

Yo sabía que allí mismo se conservaba el vestido que llevaba Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, á quien la historia ha dado el sobrenombre del Taciturno, cuando fué asesinado en Delft el día 10 de julio de 1584 por Baltasar Gerard; y como se deja conocer, aquel recuerdo histórico valía para mí mucho más que todas las sirenas y tritones del mundo.

Supliqué, pues, á mi *cicerone* me indicase primero el estante donde se guardaban los vestidos del príncipe, y luego el armario donde se conservaba el cadáver de la mujer marina.

Los despojos del fundador de la república holandesa, del autor de la unión de Utrecht, y del esposo de la viuda de Coligny, encuéntranse, entrando á la izquierda, en la primera sala, donde están expuestos hace más de doscientos sesenta y cuatro años á la veneración de un pueblo, para quien fué hasta el último suspiro de Guillermo.

— ¡ Señor, tened piedad de mi alma y de ese desgraciado pueblo! exclamó el Taciturno al caer.

Allí están la ropilla, la vesta y la camisa, manchado todo de sangre, y hasta la traidora bala que le atravesó el pecho, y la pistola de donde salió aquella, como una maldición viva y eterna contra el infame asesino.

Yo no sé que haya cosa que le conduzca á uno á la meditación, á la contemplación y aun á la poesía, como la vista de los objetos materiales.

¡ Qué de ideas no asaltan á la imaginación, á la simple vista del puñal de Ravaillac! ¡ Qué de reflexiones no se agrupan á nuestra cabeza al contemplar la pistola y la bala de que se sirvió Baltasar Gerard para consumir su crimen! ¡ Quién al ver ambas diría que tres pulgadas de acero y una onza de plomo habían de pesar tanto en la balanza de Europa, influyendo de un modo tan directo en los destinos de los pueblos!

Casualidad, providencia ó fatalidad: el mundo encañecerá sin dejar de pronunciar con horror esas tres frases.

En cuanto á mí, volvería al Haya, no digo una vez, sino ciento, sólo por volver á contemplar otras tantas aquella camisa teñida de sangre, aquella bala y aquella pistola. Pero como fuesen ya las once menos cuarto y no pudiera detenerme más que algunos minutos, indiqué á mi conductor que me llevase á ver la sirena.

Me condujo delante del armario ¡ donde estaba encerrada; y en efecto, estaba disecada, siendo su color poco más ó menos el mismo que el de una cabeza de Caraíbo; tenía los ojos cerrados, la nariz aplastada y los labios pegados á los dientes; los pechos, aunque bastante deprimidos, conservaban su forma, terminando por la parte inferior del cuerpo en una cola de pescado; por lo tanto no me quedó duda que era una sirena verdadera tal cual la describen los viajeros y naturalistas.

Interrogado por mí, mi conductor me refirió la historia del médico Dimas Bosque, del padre jesuita, del virrey

de Manara y del enviado holandés, tal cual acabo de contarla.

Luego, como viese que yo insistía en mis preguntas sobre algunos detalles:

— Paréceme, me dijo, que os interesan demasiado los detalles sobre esta especie de animales.

Encontré bastante impertinente la pregunta de mi conductor al colocar en el número de los animales á un ser cuya cabeza, seno y manos eran de mujer: pero como no me quedase tiempo para entablar una discusión con él:

— Sí, soy muy curioso, le respondí, y si tuvieseis la bondad de darme algunos pormenores.....

— ¡Oh! yo precisamente, no; pero puedo deciros quién os los dará bastante detalladamente.

— ¿En dónde? decid pronto.

— En Monnikendam.

— ¿Y qué es Monnikendam?

— Es un arrabal que está á dos leguas de Amsterdam, situado en medio del golfillo de Zuidercea.

— ¿Y decís que allí me darán pormenores sobre la historia de las sirenas?

— No solamente sobre la de las sirenas, sino también sobre la de las mujeres marinas, que es cosa mucho más curiosa todavía.

— ¿Habrà alguna tal vez en el museo de Monnikendam?

— No; pero está en el cementerio, donde podríais verla, como asimismo á su marido y á sus hijos, que por cierto no son menos dignos de excitar la curiosidad de cualquiera.

— ¡Ya! ¿conque esa mujer se casó, y hasta ha tenido hijos?

— Sí, señor, que los ha tenido; ellos niegan su madre; pero el viejo os referirá toda su historia.

— ¿Habla francés?

— Habla todas las lenguas; ¡no veis que es un viejo lobo marino!

— ¿Y se llama?

— El tío Alifafes.

— ¿Y dónde podré encontrarlo?

— Puede que en Amsterdam, porque tiene una barca en la que conduce á los viajeros desde la capital á Monnikendam; pero si no le encontráis allí, estará sin duda en este último punto, donde una hija suya tiene una posada conocida por la posada del *Buen hombre Trópico*.

— ¿El tío Alifafes? decís.

— Sí, señor.

— Bueno, le contesté; y mirando una última vez á la sirena, de la que Biard tomó un croquis, nos metimos en nuestro carruaje, gritando al cochero:

— ¡Al embarcadero del camino de hierro!

XIII

Los matrimonios del tío Alifafes

LA POSADA DEL BUEN HOMBRE TRÓPICO

La Holanda es la tierra de los caminos de hierro; desde la Haya á Amsterdam no han tenido los ingenieros

holandeses que rellenar un bajo, ni que hender una sola protuberancia de la tierra.

Por lo demás, el país es una continua pradera entrecortada por canales y corrientes de agua, sembrada por todas partes de ramilletes del más hermoso y fresco verde, entre el cual paecen envueltos en su lana infinidad de carneros y de vacas. Así es que no hay nada de más verdadero y bien representado que los paisajes de los pintores holandeses; de suerte que el que ha visto á Hobbema y á Pablo Potter, puede decir que ha visto la Holanda, así como el que ha visto á Teniers y á Terburg puede decir que ha visto á los holandeses.

Sin embargo, esto no quiere decir que aquellos que no hayan estado dejen de ir á verla; porque á pesar de Hobbema y de Pablo Potter, la Holanda es digna de verse, del mismo modo que á pesar de Teniers y de Terburg, los holandeses son dignos de estudiarse.

Á las dos horas de haber partido llegamos á Amsterdam, y un cuarto de hora después subíamos la escalera de una magnífica casa situada en el Keisergratz, y apenas habíamos subido el primer tramo vimos venir hacia nosotros á madama Wittrin y á MM. Wittrin, y á Jacobson y Gaudin. Mad. Wittrin era la misma encantadora señora á quien yo ya había tenido el honor de ver tres veces, siempre hermosa y modesta, y ruborizándose como una niña.

Su hermana, Mad. Jacobson, estaba entonces en Londres.

Excusado es decir que durante cinco minutos lo menos no cesaron los abrazos y los apretones de manos, no siendo Gaudin, que como ya he dicho, acababa de llegar de Escocia, el último á quien estreché.

Cuando llegamos estaba ya la mesa puesta; bien es cierto que en Holanda está puesta todo el día, y quizás

en aquel país es donde más que en cualquiera otro del mundo, una casa hospitalaria lo es en toda la extensión de la palabra.

Es de advertir que cada uno de nosotros tenía ya preparada de antemano su habitación en aquella encantadora casa, que reunía á la vez las condiciones de parque y de castillo.

Nada más hermoso que ver aquellos vidrios transparentes, aquellos tiradores y picaportes relucientes como el oro, y aquellos corredores, salones y escaleras todos colgados de tapicería, como no menos aquellos criados á quienes no se veía nunca, y que sin embargo siempre se les tenía prontos, ocupados en arreglar y asear la casa.

Al conducirnos á la mesa Mad. Wittrin nos recordó que el rey debía entrar á las tres, ofreciéndonos que si queríamos ir á verle entrar, teníamos á nuestra disposición un balcón en la casa de una amiga suya que vivía en una de las calles de la carrera.

Nos pusimos, pues, á comer á dos carrillos con el fin de concluir cuanto antes, dirigiéndonos á la casa indicada á cosa de las tres menos cuarto.

Nosotros habíamos llegado á Amsterdam el 11 de mayo, y hacia siete días habíamos asistido en París á la fiesta del 4; de suerte que en sólo este corto espacio de tiempo, y á ciento y cincuenta leguas de distancia, presenciábamos otra segunda fiesta, que al primer golpe de vista no parecía sino una continuación de la primera, atendido á que en Amsterdam como en París, y en París como en Amsterdam, pasábamos bajo una bóveda de banderas tricolores y en medio de los gritos de la población, con la sola diferencia de que en la bandera francesa están colocados los colores á lo largo, y en la holandesa lo están en forma de faja, y de que en París gritaban: *¡ Muera el realismo !* y en Amsterdam: *¡ Viva el rey !*

En seguida que llegamos fuimos presentados á los

amos de la casa, la cual era una nueva muestra del gusto holandés: estaba situada como la de Wittrin, entre un canal y un jardín, dando la fachada al primero, y la parte posterior al segundo. Su principal adorno consistía en magníficas pinturas.

Cuando llegué á Holanda yo creí encontrar á cada paso los muebles de laca, y vasos de porcelana de la China y el Japón hacinados en los comedores y en los salones; pero los holandeses son como esos propietarios desdenosos que no estiman lo que tienen; así es que bastantes servicios de porcelana francesa, algunas figuras de Xage, pero en general pocos trasparentes maqueados y adornos chinecos.

Á las tres y cuarto oímos un gran ruido que nos hizo correr á los balcones, el cual era producido por la aproximación de la comitiva. Entonces vimos desembocar, primero la música, luego la caballería, después los coches rodeados de una multitud del pueblo, y últimamente la guardia nacional de á caballo, vestida con sus propios trajes de paisanos, y sin más armas que una especie de piocha, ni otro distintivo que un gran cordón de terciopelo carmesí colgando del cuello.

El todo de la comitiva iba precedido de doscientas á trescientas personas entre obreros y granujas, que arrojaban sus gorras y sombreros al aire, cantando el himno nacional de Holanda.

Una cosa noté aquel día, y es, que el himno nacional de los holandeses, ó como si dijéramos del pueblo más republicano de la tierra, es eminentemente monárquico.

Mientras que yo pensaba distraído en todas las entradas triunfales y reales que he presenciado durante mi vida, el rey venía ya aproximándose hacia nosotros, acompañado de su estado mayor, que se componía de una docena de oficiales generales y demás grandes oficiales de su palacio.

Era el rey hombre de treinta á treinta y dos años, rubio y de ojos azules, á los que sabía dar de cuando en cuando una grande expresión de dulzura y firmeza á la vez, que hacían de su fisonomía un todo muy simpático y agradable.

Cuando pasó por delante de nosotros saludó á todos con afabilidad; pero inclinó la cabeza creyendo que se había dirigido á mí con especialidad, lo cual á pesar de todo no acababa de creer, volviéndome á mis compañeros para ver quién había sido el objeto de aquella atención real.

Pero Jacobson, que comprendió la causa de mi movimiento:

— No, no, me dijo; no os canséis en vano, que á vos es á quien el rey se ha dirigido.

— ¿ Pero cómo puede ser eso, si ni siquiera me conoce?

— Pues esa es la razón precisamente, porque os ha reconocido.

— Á nosotros nos conoce á todos, y como quiera que ha visto una figura extraña, ha dicho sin duda: he aquí mi poeta.

Pero lo que de más curioso había en todo esto, era que el rey me lo dijo á mí mismo á la mañana siguiente cuando fui á verlo.

Iba éste á caballo, vistiendo el uniforme de grande almirante, seguido de un magnífico carruaje dorado, y tirado por ocho caballos blancos que iban sujetos de la brida por los lacayos de la casa.

Á ambos lados del carruaje, y guardando el equilibrio sobre los estribos del coche, veíanse á los escuderos vestidos con su uniforme encarnado y oro.

Dentro del carruaje venía una mujer como de veinticinco á veintiséis años y dos niños de seis á ocho, éstos sin pensar en nada, aquélla tal vez pensando demasiado.

Los niños y la mujer que iban dentro del coche eran el príncipe de Orange, el príncipe Mauricio y la reina, cuya graciosa á la par que melancólica figura, denotaba toda la gracia de la mujer, unida á la majestad de la princesa.

Recuerdo que tuve el honor de que me recibiera tres veces en los dos días que permanecí en Amsterdam, y no he podido olvidar ni una sola palabra de las que me dijo.

¡ Quiera el cielo que su pueblo le sea siempre bueno y fiel, y que Dios no torne en dolor su habitual melancolía !

La comitiva pasó, se alejó, y desapareció por fin como una visión extraña, sobre todo en esta época en que los reyes parecen marcados por un sello fatal.

¡ Dios mío ! ¿ será la razón de ellos ó de los pueblos?...

He aquí el gran enigma á que fueron sacrificados Carlos I y Luis XIV.

De la restauración de 1660 tuvo la culpa el pueblo.

De la revolución de 1848 la han tenido los reyes.

¿ En favor de quién se decidirá la cuestión?... El porvenir dirá. En cuanto á mí, me atrevo á poner por los pueblos.

Una vez concluida la ceremonia nada me restaba que hacer en Amsterdam hasta el otro día á las once, por lo que me dirigí á mis amigos suplicándoles me indicasen los medios de que me valdría para hacerme conducir á Monnikendam, extrañándose mucho de mi extravagancia: porque, ¿ qué podía yo hacer allí ?

Por supuesto que me guardé muy bien de decirles que iba en busca de una mujer marina, si bien insistí en ir, por lo que me dieron de acompañante al hermano de Wittrin.

Alejandro se nos separó para ir á Brock: pero Biard quiso seguir mi suerte, y me acompañó á Monnikendam.

Biard, francamente, se avergonzaba de haber estado en el cabo Norte y haber visto dos mares desde el extremo

más avanzado de Europa, sin haber encontrado en ninguno de ellos una sola mujer marina; así que, se aprovechó de mi buena estrella, ya que la suya lo había dejado á oscuras.

En cuanto llegamos al puerto, lo primero que hice, ó más bien, lo primero que mandé hacer á mi guía, fué que me buscara al tío Alifafes, el cual no se encontraba por ninguna parte, á pesar de tener allí su barca.

Por fin se le encontró en una especie de tabernucho donde acostumbraba estar, advirtiéndole que había un viajero que partía para Monnikendam, que no quería ir con nadie sino con él.

Le envaneció tanto aquella preferencia, que al fin consintió en dejar su ponche y se vino hacia nosotros sonriéndose.

— Aquí tenéis al tío Alifafes, me dijo el hombre á quien Wittrin encargó de buscar.

Di entonces un florin á mi hombre hurón, lo cual visto por el tío Alifafes, y envanecido sin duda al considerar el precio en que yo lo estimaba, se volvió más amable que lo había sido en toda su vida.

Durante este tiempo lo estuve examinando con una curiosidad proporcionada á su importancia, mientras Biard lo dibujaba.

Efectivamente, como me habían dicho, era un viejo lobo marino de sesenta á sesenta y cuatro años, con más figura de *phocus* que de hombre. Cabellos blancos y barba del mismo color, ambos de una pulgada de largo y tiesos como los pelos de un cepillo; ojos redondos y un color verdoso sucio, siempre destilándole una especie de serosidad; boca hendida hasta las orejas, por entre la cual dejaba ver dos dientes amarillos colocados de arriba abajo y entrelazados, como los colmillos de un perro, y tez de color de caoba.

Su vestido consistía en unos pantalones muy anchos,

que habían sido azules en sus tiempos, y una especie de paletó ó anguarina, en cuyas costuras dejábanse ver todavía los restos de algunos adornos, que parecían de origen español ó napolitano.

— ¡ Ah ! ¿ sois francés ? me preguntó.

— ¿ Y quién os ha dicho si soy francés ó no ?

— ¡ Pues me gusta ! Habríamos adelantado bastante si al cabo de mis años y después de haber recorrido las cuatro partes del mundo, Asia, África y América, no conociese al primer golpe de vista de qué nación era un hombre. ¡ Oh ! no se me despinta ; vos sois francés y muy francés, añadió, y se puso á cantar ;

Mourir pour la patrie...

— ¡ Oh ! ¡ oh ! Tío Alifafes, díjeme yo interrumpiéndole, no cantéis eso ; otra cosa, otra cosa.

— ¿ Y por qué no he de cantar eso ?

— Porque conozco perfectamente ese canto nacional.

— Bueno, como gustéis. Pero, según creo, ¿ queréis ir á Monnikendam ?

— Sí.

— Y si no me engaño, creo también que tenéis empeño en que sea yo el que os conduzca en mi barquilla, ¿ no es cierto ?

— Sí.

— Pues corriente, os llevaremos allá sin detenernos siquiera en ajustar el pasaje.

— ¿ Y por qué no ajustarlo antes ?

— Porque como uno tiene ojos, y ve... no hay necesidad de conocer á las personas para saber quiénes son y cómo pagan... ¿ y haréis noche en Monnikendam ?

— Sí.

— Pues entonces os recomiendo la posada del *Buen hombre Trópico*.

— Precisamente á ella voy á parar.

— Sí, señor, os la recomiendo, porque la tiene una hija mía llamada Margarita.

— Lo sé.

— ¡ Ah !... ¿ conque sabiais esto ? ¡ ya !... exclamó el tío Alifafes como reflexionando.

— Pues bien, si hemos de partir.....

— Sí, sí, partamos ; y volviéndose luego hacia mí : ¡ Ya ! ya sé por qué queréis venir conmigo, añadió.

— ¿ Que lo sabéis ?

— ¡ Vaya !... sé que sois un sabio y que queréis hacerme hablar.

— ¿ Pues acaso os cuesta trabajo hablar, sobre todo cuando se remoja la palabra con buco de lo tinto al principio de la conversación, tomando un buen ron á la mediación, y concluyendo el discurso con un trago de aguardiente ?

— ¡ Oh ! veo que conocéis perfectamente la gradación.

— ¡ No, os lo aseguro, ha sido una casualidad !

— Pues está corriente, hablaré cuanto queráis, pero no delante de los chicos, ¿ me entendéis ?

— ¿ Y dónde tenéis los muchachos ?

— Al momento vais á verlos, díjeme, y volviéndose sucesivamente hacia tres diferentes direcciones, dió tres silbidos muy parecidos al de las locomotoras.

Un instante después de haber silbado, vi venir hacia mí por distintas partes, para reunirse en un centro común, á cinco mozangones ya ercídos y de aspecto robusto y vigoroso ; aquel centro le formábamos Biard, el tío Alifafes y yo.

— ¡ Acá, Joaquín ! ¡ acá, Tomás, Juan, Simón y Judas ! exclamó al verlos y en idioma holandés el tío Alifafes ;

ya tenéis aquí parroquianos vosotros y vuestra hermana Margarita.

Al pronunciar este nombre y en el tono con que el tío Alifafes hablaba á los cinco mozangones que se aproximaban á nosotros, comprendí lo que les decía.

— ¡Diablo! Supongo, tío Alifafes, que esta es parte de la prole de esa gran familia de que tanto me han hablado.

— ¿En el museo del Haya, tal vez? Vamos, será preciso remitirle una parte de ella á aquel viejecillo que está de director, lo estoy viendo; sí, señor, continuó; estos son mis cinco hijos.

— ¿Entonces tenéis cinco hijos y una hija?

— Justo, de los cuales dos de ellos, Simón y Judas, son gemelos; el mayor de todos tiene veinticinco años.

— ¿Y son todos de una misma madre? le pregunté con cierto tono de duda que chocó visiblemente al tío Alifafes.

— Sí, señor, de la misma madre, es decir, por la parte de acá; pero en cuanto á la de... pero ¡silencio! que llegan los muchachos y no quiero hablar una palabra sobre este particular delante de ellos.

En efecto, los chicos pasaron por delante de mí saludándome, mirando á su padre con cierta desconfianza, y como recelando que se le hubiera soltado la sin hueso.

— Vamos, vamos, chicos, á la barca, les dijo el tío Alifafes, y demostramos á este señor que sois marineros capaces de montar un buque de cuarenta por banda.

Tres de los jóvenes entraron de un salto en la barquilla, mientras los otros dos tiraban de la cadena para aproximarla á la orilla.

En seguida saltamos dentro Biard, yo y el tío Alifafes, el cual lo efectuó con tanta ligereza como uno de sus hijos, siguiéndonos después Simón y Judas, quedando así

completo el total, entre tripulación y pasajeros. Desde entonces noté que Judas y Simón no se separaban jamás, pues se ocupaban ambos en levantar el pequeño mástil que estaba tendido en el fondo de la barca, en tanto que el padre se sentó en el timón, y sus otros hermanos, uno desenganchaba la cadena, y los otros dos maniobraban armados cada uno de su remo en medio de la infinidad de barquillos y buques de alto bordo que poblaban el puerto.

Una vez vencidos los primeros inconvenientes, izamos vela, y como llevábamos buen viento, marchábamos con tanta velocidad, que á los diez minutos habíamos doblado ya el pequeño cabo que nos interceptaba la vista, y bogábamos en el golfo de Zuidercea.

Á la media hora escasa de habernos embarcado pasamos por entre Tidam y la isla de Marken. Entonces, y señalándome con el dedo el tío Alifafes:

— ¿Veis esos cañaverales? me preguntó.

— ¿Dónde, en la orilla de la isla? le pregunté yo á mi vez.

— Sí.

— Sí, ya los veo.

— Pues bien, ahí fué donde la encontré.

— ¿Á quién?

— ¡Chit! ¡silencio!

Dijome, interrumpiéndose á sí mismo, al ver que Joaquín se volvió de nuestro lado, haciendo un movimiento de espaldas nada respetuoso, y echando una mirada de reprensión; luego continuó dirigiéndose á su hijo:

— ¡Y bien! ¿qué hay?... nada....

Y todo volvió á permanecer en el más profundo silencio. Á los cinco minutos de haber pasado esto concluimos de atravesar el golfo, y empezábase á distinguir

las casas de la población que se elevaba á nuestra izquierda.

En cuanto á los jóvenes, no cesaron de mirar al Mediodía durante la travesía, preocupados sin duda de alguna idea, si bien sus miradas no revelaban ninguna clase de inquietud.

— ¿Qué es lo que tienen vuestros hijos? pregunté: parece como que esperan algo.

— En efecto; esperan una cosa que ellos se alegrarían mucho, sin embargo, de no ver venir.

— ¿Y qué es lo que esperan?

— El viento.....

— ¿El viento?

— Sí, señor, el viento; pero el viento del Mediodía, y esta tarde tendremos que vigilar los diques probablemente; pero tanto mejor para nosotros.

— ¿Y por qué es mejor?

— Porque así no tendremos que hacer, y por consiguiente podremos hablar con más comodidad.

— ¡Ah! conque, según eso, no os molesta hablar de...

— ¿A mí? Al contrario, esto consuela mi corazón. ¿Pero cómo? demonios de muchachos, ¡parece que se dan la seña para tomar en seguida el partido de la Bucholds!... ¡Adiós, ya se me escapó, y creo que me han oído! Sí, no hay duda: reparad en los ojos que echan Simón y Judas, y eso que son los más jóvenes, como que todavía no han cumplido veinte años; pues, sin embargo, ya están lo mismo que los otros.

— ¿Y quién es esa Bucholds? pregunté yo naturalmente, á cuya pregunta se volvieron los jóvenes marinos frunciendo el ceño.

— ¡Bien! ¡Habéis repetido ese nombre! ¡Buena la habéis hecho!

En efecto, viendo que nuestros marineros se habían

puesto no de muy buen humor, tomé el partido de callar.

En tanto íbamos aproximándonos cada vez más á la población, que á medida que nos acercábamos parecía salir de en medio del agua.

— No hagáis la más mínima demostración, me dijo entonces por lo bajo el tío Alifafes, y mirad hacia vuestra izquierda.

Miré en efecto y vi un cementerio.

Entonces, guiñando el ojo, díjome con aire de triunfo:

— Allí es donde está ella.

Comprendí lo que me quería decir, contestándole esta vez por un simple movimiento de cabeza.

Sin embargo, nuestro diálogo á media voz y todo como era, no se había ocultado á la penetración de Tomás, que en oposición sin duda con el sentimiento de satisfacción que parecía experimentar su padre, dió un suspiro haciendo al mismo tiempo la señal de la cruz.

— ¡Calla! ¿conque vuestros hijos son católicos? le pregunté.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Sí, señor! pero no me habléis de eso; parece que esos demonios no piensan más que en el modo de hacerme rabiar y de encolerizarme; bien es verdad que no tienen ellos solos la culpa; que quien la tiene es su madre.

— ¡Ah! su madre era....

— El mismo día que la encontré tuve la debilidad de dejarla sola un momento, y durante aquel tiempo el cura la bautizó.

— ¡Padre! dijo Juan, que era el que estaba más próximo de nosotros.

— ¡Nada! no he dicho nada; hablábamos del santo de tu nombre, que fué el que bautizó á nuestro Señor en el Jordán; dijo, y se levantó al mismo tiempo de su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
ALFONSO REYES

asiento, saludando con su gorra en dirección de la orilla, y :

— ¡ Eh ! ¡ Margarita... eh !... exclamó, dirigiéndose á una hermosa joven de diez y nueve á veinte años, que estaba de pie á la puerta de su casa : prepara la mejor habitación que haya en la casa, y una buena cena, que te traigo muy buenos parroquianos. Y luego dirigiéndose á mí :

— Idos delante, añadió, y esperadme en vuestra habitación : cuando los chicos se vayan á los diques yo subiré, y allí tranquilos, fumando nuestra pipa y mientras echamos un trago de lo tinto, os lo contaré todo.

Contestéle con un signo de aprobación, al cual me respondió él con otro de inteligencia, y después de saltar en tierra ayudados por Simón y Judas, nos encaminamos hacia la posada del *Buen hombre Trópico*, á cuya puerta nos esperaba con la sonrisa en los labios nuestra linda posadera.

XIV

Los matrimonios del tío Alifafes

TRIBULACIONES CONYUGALES

Como dije en el capítulo anterior, fuimos perfectamente recibidos por nuestra hermosa posadera Margarita, la cual nos condujo á un cuarto con dos camas, preguntándonos si queríamos que se nos sirviese la comida en nuestro cuarto, ó si preferíamos bajar al comedor.

Bien hubiéramos querido nosotros bajar al comedor,

aun cuando no fuese más que por ver la variedad de personas y el aspecto original que probablemente ofrecería la mesa ; pero la esperanza de que el tío Alifafes nos contara sus aventuras, nos hizo optar por nuestro cuarto ; en seguida, y como Margarita nos preguntase qué queríamos tomar, le declaramos que lo que ella quisiera.

Por supuesto que todas estas preguntas y respuestas tenían lugar por señas ; pero estas señas, que tan ridículas son entre hombres que no se entienden y que se impacientan, son, sin embargo, un lenguaje mudo bastante agradable cuando la conversación se entabla con una muchacha bonita, que acompaña sus movimientos de una hechicera sonrisa : de suerte que, aunque no pronunciamos ninguno una sola palabra, sin embargo, á los diez minutos nos habíamos comprendido perfectamente.

No se había engañado el tío Alifafes en sus pronósticos, pues el viento continuaba soplando cada vez con más fuerza, y aunque no ofrecía cuidado su violencia, no obstante era preciso vigilar los diques.

Desde la ventana de nuestra habitación vimos á tres de sus hijos dirigirse hacia la costa, mientras los dos gemelos, Simón y Judas, entraban en una casa en donde luego supimos hacían el amor á dos hermanas.

Mientras nosotros habíamos estado distraídos mirando por la ventana y siguiendo con los ojos las primeras sombras de la noche que iban cubriendo ya el horizonte, habíanos servido la cena, que se componía de un plato de carne cocida, otro de salmón asado, y otro de huevos duros humeando todavía ; elevándose en medio de aquella exposición de productos nacionales, como una torre vacilante al más pequeño empuje, una botella de vino de Burdeos.

Pusímonos, pues, á la mesa con un apetito propio de navegantes ; todo era excelente, el vino y los comestibles : además, la cena no era para nosotros más que un